

cantina en busca de expansión y de emociones, y Ernesto se le había aparecido como el genio de una comedia de magia.

El alcohol que tiene la rara virtud de torcer, sin arte, las clavijas del alma, pone en inusitada actividad algunas facultades, muy especialmente las del amor.

Por medio de esta discordancia, el borracho suele ser la criatura más amorosa del mundo. Todas las facultades afectivas del zapatero se consagraron á Ernesto; se sentía ardiendo de amor por él, queriendo á toda costa probarle su cariño y su amistad.

Llevaba bastante dinero en los bolsillos; de manera que Dios los crió y el diablo los juntó aquella noche hasta la madrugada del día siguiente.



## CAPÍTULO VI.

Las cuentas tristes y las cuentas alegres.

DOÑA Marianita Quijada, había dormido mal. Había estado llena de temores por su hijo.

Llegó este á las seis y ya Doña Marianita barría su casa. Al ver entrar á Ernesto no pudo contenerse una exclamación,—Ernesto! dijo, en que cuidado me has tenido;

—Cuidado! repitió Ernesto de mal humor; y en tono bastante destemplado para ser de un hijo, continuó. Ya le he dicho á V. que cuando venga tarde ó no venga, V. debe estar tranquila.



—Ojalá pudiera!

—Siempre me sale V. con la misma!

¡Ojalá y pudiera!

Debe V. considerar que los hombres tenemos nuestros compromisos; y sobre todo, ya soy mayor de edad.

—Por eso no te reprendo, hijo mío; pero no puedo evitar el tener cuidado por tí.

—Pues en ese caso no debe V. decírmelo.

Había dos motivos para que Ernesto tomara aquel tono; el primero, era el carácter que Doña Marianita Quijada había llegado á asumir respecto á sus hijos. Su exesiva bondad había llegado á convertirse en mansedumbre, y su abnegación en servilismo. Era de esas mamás que abdican sus fuerzas, su predominio y su superioridad de madre, por ignorancia de sus deberes, dejándose mal aconsejar por un amor

mal entendido, que pasa de la abnegación á la abyección.

La otra causal explicativa del tono agrio de Ernesto, era la sociedad de la orgía; ese reproche íntimo que se levanta en la conciencia del que delinque.

—En fin, dijo Ernesto. He sabido que el Licenciado le entregó á V. ya los doscientos pesos.

—Sí, ya los tengo.

Y porqué me lo había V. ocultado?

—Esperaba la oportunidad.

—Pues ha llegado ya; me caso.

—Cuando.

—El mes que entra.

—Que has hecho! exclamó Doña Marianita espantada por instinto.

—Que he de haber hecho; pedir á Rebeca, y debía V. suponérselo.

—Sí, pero yo no creía que tan pronto.



—Tan pronto!... Al mal paso darle prisa.

—¡Al mal paso!

—Quiere decir, que si al fin esto no tiene remedio, es mejor apresurarlo.

Doña Marianita reflexionó.

—En fin...

—En fin qué?

—Observo que todo eso me lo dices como apesarado, no te veo contento, parece que vas hacer un sacrificio.

Esta observación era justa, y Ernesto no pudo más que rendirse á la evidencia.

—Deme V. mi desayuno, porque ya me voy.

Doña Marianita obedeció dirigiéndose á la cocina.

.....  
Habían pasado ya dos domingos sin que Ernesto y el alemán se bañaran juntos.

El alemán había comprendido que Ernesto no quería oirlo; pero se creía en el deber de hacer todos los esfuerzos posibles para disuadir á su amigo de la descabellada resolución de casarse, y buscó á Ernesto á la hora en que este salía de la Tenería.

—Mira Ernesto, le dijo, ya se que te son molestos mis consejos; pero creo que es un deber mío dártelos porque te quiero.

—En vista de tu buena intención dime lo que quieras.

—Me gusta verte resignado; escucha. Me he puesto á hacer la cuenta de lo que una persona de tu clase necesita para vivir en México, de lo que necesita para casarse y luego de lo que necesita para poner casa, mantener á su mujer, vestirla, etc., etc.

—Y no has hecho cuenta también de lo que cuesta el primer muchacho? preguntó Ernesto en tono de burla.



—Precisamente sí, contestó con calma el alemán.

También he formado mi presupuesto de lo que cuesta un niño.

—Á ver, á ver! eso ha de estar curioso. ¿Cuántos niños has tenido tú para saber esas cosas?

—Ninguno, pero me he informado de los gastos, he preguntado á personas experimentadas, y he podido formar mi presupuesto con alguna exactitud.

—Á ver el presupuesto del niño!

—No, procedamos por orden. Primero por el presupuesto de la casa

—Ya te dije como he arreglado ese punto.

—Bueno, pero este presupuesto es para cuando te mudes por la urgente necesidad en que vas á verte de vivir sólo.

—Bueno á ver el presupuesto.

El alemán sacó un papel y leyó.

—Hoy no se puede conseguir una casa, ni aun en barrio lejano, con sala, recámara, comedor y cocina por ménos de veinticinco pesos. Es cierto?

—Sí; pero ponla de á quince.

—Comida para tres personas incluyendo alumbrado y demás gastos menudos, un peso diario, y quince de la casa son cuarenta y cinco, y cinco de una criada son cincuenta.

—Cabales.

—Ahora ropa, calzado, lavandera, cigarros, cerillas, tranvías y dinero de bolsillo, cuarenta pesos.

—Es mucho.

—Si entramos en detalles verás que falta.

—Sean pues los cuarenta pesos.

—En suma el tipo de gasto de la vida en México de un matrimonio sin hijos es de cien pesos, viviendo con el



orden más estricto, con la mejor salud y con inteligente economía.

La inteligencia de ésta economía consiste en apartar mensualmente, quitándolo aun de los gastos ordinarios indispensables, una cantidad que esté en razón directa de la proporción que hay entre el gasto total de la vida de la población, y el monto de lo recaudado por los médicos, los droguistas y los boticarios.

Si éstas dos cifras pudieran sacarse, al compararlas se vería que la contribución de la salud es la más fuerte de todas las contribuciones en el promedio de diez.

De manera, que debe de considerarse como mínimum de esta contribución, un cinco por ciento del haber personal ó sean en el tipo de cien pesos sesenta al año, en concepto de que sin esta previsión, el primer tifu, á la pri-

mera bronquitis, desnivelará tu presupuesto para siempre.

Como se vé, Ernesto estaba colocado en una posición de la que no podía retroceder. Voluntariamente había elegido el peor camino. Quiere decir, había hecho lo que todos los seres racionales cuando tienen que elegir entre las sugerencias de la razón y de la prudencia, y las sugerencias de las pasiones; se había dejado llevar por el sentimiento. No había vacilado entre el amor de Rebeca y los buenos consejos del alemán.

El amor se había recargado como siempre en la balanza y había triunfado.

En cambio el león que no disfruta de la admirable prerrogativa del raciocinio, ni tiene la pretensión arrogante de ser el rey de la creación, ni tiene otros muchos humos, sólo propios del



hombre, agobiado y mal trecho por el escosor de sus heridas y por la pérdida de su sangre que restañaba con su saliva, había discurrido de esta manera.

No es bueno oponerse al poderoso.

No sabemos como formularía este pensamiento pero lo formuló sin haberlo tomado de ningun folósofo.

Leónidas, esa bestia formidable tiene triple fuerza que yó; y cuantas veces me le atreviesn en su camino me ha de hincar los comillos y las uñas. El es dueño de la leona, de aquella leona... Este es el punto preciso adonde el hombre coloca los suspiros.

Los leones deben hacer algo por el estilo, pero no lo sabemos á punto fijo.

El león herido permaneció muchas horas echado y lamiéndose hasta que sintió sed.

En la forma clásica y sencilla en que los leones formulaban sus ideas, después de formular la palabra *vencido* pasó á esta otra *Agua*.

Quiere decir que en la estricta lógica de la propia conservación, obediencia á la necesidad de recurrir á la agua, que es la vida del organismo, mientras Ernesto recurría al recurso atentatorio de tomar agenjo, que es el veneno del organismo. Y esto era porque Ernesto es un ser inteligente y el león una simple bestia. Razón sobrada para que mientras los leones hacen al pié de la letra todo lo que deben hacer, los hombres ejecuten todo género de barbaridades.

Ernesto de grado y con todo conocimiento de causa, se había colocado en una posición en la que todo habían de ser dificultades y por consiguiente sinsabores.



En medio de todo ya sabemos como Ernesto quería ser garboso, como su padre; y las razones que tenía para ello eran estas.

Tenía Rebeca dos amiguitas y eran las tales de esas gentes que se le paran á uno enfrente, que lo encuentran en todas partes, que siempre tienen diez preguntas que hacer, que se ocupan de nuestros asuntos con un interés que no tiene fundamento; que están siempre al tanto de lo que nos pasa, que usan de una confianza y una familiaridad para que no se les ha facultado.

En cuanto á su respecto físico eran espigadas y huesosas, de talle largo y manos enjutas. En cuanto á su ocupación, eran violinistas. Quiere decir aprendían á tocar el violín en el Conservatorio, á cuyo Director le llamaban Alfredo Ballot á secas, al señor

Morales, Melesio Morales y así á todos sus superiores. Vaya! con decir que al Presidente de la República le llamaban simplemente Porfirio, está retratada su llaneza.

Quien sabe si algo de esta llaneza sea indispensable á una señorita para tocar el violín, pero ello es, que las dos violinistas se parecían en muchas cosas. Se las veía todas las mañanas invariablemente, cargando el instrumento de Paganini en una funda de bayeta encarnada, y seguidas, aunque cada una por distinto rumbo, por una señora, que debía ser la mamá y en cuya fisonomía se había quedado ya, como estereotipada, una sonrisita arancada por cada transeunte que se quedaba viendo á la muchacha y al violín.

Parecía que la mamá iba diciendo: Figúrense ustedes que ocurrencia de mi hija tocar el violín!



Efectivamente, la violinista todavía no prende entre nosotros, pero prenderá, seguirá lógicamente á las meseras, y debutará en los cafetines, seguirá en los títeres y después se ingertará entre los violines del Teatro Principal. Entonces empezará á desaparecer la sonrisita estereotipada de las mamás, que ahora contemplamos todavía como mortificadas.

Pués bien, estas dos violinistas no dejan á Rebeca un momento; porque ó la van á visitar para imponerse de sus asuntos, ó le tocan escalas frente á su puerta en la vivienda de enfrente, hasta ponerla nerviosa.

Las violinistas son su almirote. Y estas son las que con sus llanezas y sus confianzas están picando el amor propio no sólo de Ernesto y de Rebeca sino de las respectivas familias.

Ya dán en qué si el gró para el ves-

tido no puede ser de á peso la vara por qué es tramado, de si la ropa interior debe indispensablemente llevar encajes y tejidos y randas como toda ropa de nóvia, ó ya que es muy ridícula una nóvia con medias de á peseta.

Todas estas observaciones forman una especie de código á que se sujetan, aunque rabiando los padres de Rebeca y Ernesto para quién cada paso es una nueva dificultad y un guarismo más al presupuesto. Pero ejercían tal influjo en su ánimo estas opiniones que no se sentía con valor para contrariarlas.

Aquel presupuesto iba creciendo como bola de nieve, al grado que, los doscientos pesos del Licenciado y todas las trazas que hasta aquí había pensado Ernesto en darse, habían pasado ya á la categoría de utopias irrealizables, y era preciso dinero mucho



dinero para casarse, de lo que resultaba que aquel maldito alemán tenía mil veces razón; pero ya no había remedio. Era necesario afrontar la situación; de manera que mientras el pobre alemán ya no lograba cambiar dos palabras con Ernesto, el zapatero, aquel zapatero en quien el agenjo había despertado un grande amor por su amigo no se separaba de él un momento.

Y cosa rara! como si el zapatero fuera el génio tutelar de Ernesto, todo le iba saliendo á éste á pedir de boca.

Estaba siendo ya hasta garboso como su padre.

Las violinistas habían dado su sanción, y estaban satisfechas, y Doña Marianita Quijada se espantaba.

Es mucho Ernesto este muchacho; está haciendo milagros, mi alma; le decía á una amiga. Si viera V. que bien está quedando con sus donas...

—¡Oiga!

—¡Vaya! Que tal será donde las violinistas no han podido meter la tijera, y ya las conoce V. que son criticonas como pocas.

Efectivamente, Ernesto no se paraba en gastos; todo le estaba costando tres veces más de lo que se había propuesto; y entre todas las personas que lo contemplaban no había una sola á quien le ocurriera censurarlo; por el contrario, todas no tenían más que elogios para Ernesto, á quien suponían en el colmo de la abundancia y la felicidad; pero si alguno lo hubiera observado atentamente, le hubiera podido notar un gesto extraño, un gesto muy parecido al del espanto; pero á nadie le pasaba por las mientes que por las de Ernesto pasara en aquellos momentos nada desagradable.

Este gesto peculiar de Ernesto, este



gesto que nadie estudiaba, que ninguno había notado, y que, no obstante, alteraba sustancialmente su fisonomía y su aspecto, no era más que la diferencia que existe entre las cuentas tristes y las cuentas alegres.



## CAPÍTULO VII.

Antes de la boda.

ERNESTO siguió imperturbable su camino y proveyó con largueza á todas las necesidades y atendió solícito á las menores emergencias. Según la voz popular, todo había caminado hasta allí viento en popa. Lo único que se le había estado dificultando conseguir á Ernesto, era un padrino rico; necesitaba un personaje y no sabía cómo alcanzarlo, porque convidar de padrino de la boda á su patrón, al dueño de la tenería, era de mal tono. Era el